

Herman Paul, *La llamada del pasado: claves de la teoría de la historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2016, 242 pp.

La Historia, según afirmaba Joyce, es una pesadilla de la que siempre estamos tratando de escapar; es decir, una fuerza brutal y tiránica, llamada Necesidad, según sentenciaba Fredric Jameson en su *The Political Unconscious*, que a buen seguro no habrá de ignorarnos, aunque nosotros nos empeñemos en hacer lo propio. Jameson escribió esta sentencia en plena ola deconstructivista en el campo de la teoría literaria, en 1981. Por aquel entonces se pensaba que la Historia no habría de darnos un zarpazo a menos que nosotras le dejáramos hacerlo. Ignorada, o contada adecuadamente, esa Historia no habría de hacernos daño. Lo importante, por tanto, residía en la forma de representarla, no en lo que nos llevaba una y otra vez a querer hacerlo. Esta –como diría Marx– *robinsonada* ontológica, atribuida a ese cajón de sastre llamado posmodernismo, tenía unos antecedentes inmediatos bien definidos: una indigestión existencialista sufrida por una posición de sujeto a medio camino entre el liberalismo norteamericano de la década de 1960 y la resaca política que dejaron los sucesos de 1968. Sin intención de remontarnos hasta Nietzsche –e incluso más allá–, podemos decir que la idea, elaborada filosóficamente por Jean-Paul Sartre en *El ser y la nada*, de un pasado incapaz de arrojar sombra o transferencia sobre un presente libre (por tanto, de toda determinación), comenzó a hacer aguas después de 1989, cuando la regulación de los pasados violentos organizada por la cultura de la Guerra Fría saltó definitivamente por los aires. Esto dejó un panorama historiográfico confuso y enmarañado, fuertemente agitado por lo que algunos, con excesivo celo gremial, llamaron “tormenta posmodernista”. Pero esa tormenta ya había pasado a esas alturas, y lo que en la década de 1990 comenzó a ocupar el trabajo del teórico de la historia y del propio historiador no tenía nada que ver con los contenidos de eso que llamaban “posmodernismo”, aunque sí con la posmodernidad como condición histórica y cultural de nuestra época.

Efectivamente, desde que la teoría de la historia comenzó a mostrar más interés por la experiencia histórica que por el lenguaje de las representaciones historiográficas, allá por la década de 1990, se fue haciendo necesario un balance del estado de esta subdisciplina. El libro de Herman Paul no sólo satisface con creces esa necesidad, sino que también nos ofrece un brillante análisis del trabajo de historiador en su dimensión epistémica y en sus múltiples relaciones con su contexto social, político y cultural. Ciertamente, una de las ideas principales de *La llamada del pasado* es la presentación de la teoría de la historia como una forma profesionalizada de pensar acerca de la relación que mantenemos con el pasado. A esta relación es a la que Herman Paul consagra su libro. Tanto dentro como fuera de la academia esta relación es inevitable. Y es igualmente insoslayable que esta “llamada del pasado” esté mediada por numerosas instancias que establecen relaciones entre el presente y el pasado –y, como diría Hume, por *asociación*, el futuro– de las que nadie, historiadora o no, puede escapar. La pregunta que se hace el autor, queda, así, clarificada: ¿de qué forma nos relacionamos, historiadores y no historiadores, con el pasado?

La respuesta es un acertado despliegue de diversas “relaciones” con el pasado que culminan en una guía orientativa para el historiador. Como bien capturó en su momento

Peter Novick, después de la década de 1960 y de la relectura de Nietzsche, es imposible ignorar las presuposiciones e implicaciones morales, culturales y políticas de todo escrito historiográfico. Por ello, Herman Paul, que presenta la teoría de la historia como un campo destinado a responder esta pregunta, encamina su andadura en este libro hacia un capítulo final pensado para dar orientación, solaz o sosiego –según se mire– a la historiadora atribulada por el hecho de ser ella un sujeto, tanto dentro como fuera de la disciplina, histórico. Siendo así la clausura del libro, esta supuesta introducción adquiere todo el contorno de un *¿Qué hacer?* para historiadores agobiados por el hecho fundamental de nuestra condición actual: todo, hasta lo que parece no serlo, está sujeto a la Historia.

Con esta intención en su horizonte, si bien *La llamada del pasado* tiene vocación de libro introductorio, no podemos decir que sea éste su alcance. No es el típico *Key Issues* en teoría de la historia, tal y como reza su título original en inglés. Ciertamente, Herman Paul nos ofrece un excelente estado de la cuestión; una menos completa visión de lo que entiende por pasado frente a realidad histórica; y un minucioso y ambicioso despliegue de las diversas relaciones que establecemos con el pasado que, al mismo tiempo, es un certero repaso de lo que la teoría de la historia ha venido escribiendo en las últimas décadas sobre estética, política, conocimiento, moral y presencia material en la historiografía. En otras palabras, su propuesta hacia una “ética de la investigación histórica” (capítulo 11) que regule y ordene las influencias y relaciones que mantiene el historiador, en tanto sujeto y objeto, con su contexto y con el pasado, es también una exposición detallada, precisa y calibrada de lo que la teoría de la historia ha discutido hasta el momento. A este respecto, esta integración que logra Paul, en la que suele emplear una técnica dialéctica de contraposición entre dos elementos que puede ser resuelta por la emergencia de un tercero, es una aportación que tiene la virtud no solo de hacer comprensible el panorama que antes parecía abigarrado y caótico, sino de capturar la forma en la que suele proceder el pensamiento histórico.

Ciertamente, es la dialéctica la que marca el paso del pensamiento, aunque la empleada por Paul suele tener más de kantiana que de hegeliana. El hecho de que Herman Paul, nacido en 1978 en los Países Bajos, pueda establecer este enfoque no es tan sólo un logro personal, sino que más bien es un privilegio –y un marchamo– histórico de su posición como historiador. Como ya hemos dejado escrito en otras ocasiones, el profesor Paul pertenece a una tercera generación de lectores profesionales de Hayden White.¹ Esto significa que, de facto, el autor es miembro de una generación que ha venido a la profesión mucho tiempo después de que la obra de Hayden White hubiese dejado de ser motivo de escándalo.² Es por esto por lo que Paul puede establecer esas dicotomías y tratar de cancelarlas en un tercer elemento que las supera. Como ya hemos dicho en otra ocasión, la actual producción historiográfica sobre experiencias históricas traumáticas, cuya relación con la actual condición posmoderna parece ser –si nos permitimos recurrir a Andreas Huyssen o Manuel Cruz–, “hacerse cargo del pasado” de la “era de los extremos”, repite de un modo paralelo la misma operación. Algo que, lejos de ser una opción personal, es una reelaboración simbólica

¹ Véase Miguel Ángel Sanz Loroño, “Cuatro caras de *Metahistory* y una propuesta de interpretación”, *Historiografías*, 9 (2015): 44-64.

² Véanse los juicios al respecto de Martin Jay y Hans Kellner, *Ibid.*, 48-9.

colectiva de la posición profesional, social y política que ocupan los productores de la actual teoría de la historia.

El procedimiento, por otra parte, suele beneficiarse de la posición de ventaja que le ofrece el presente o la relativa autonomía de la posición de historiador: tiende a forzar el contraste entre dos opuestos que, ciegos en el fragor de la batalla, necesitan de un tercer elemento, ya presente en el horizonte, que les ofrezca una solución moderada y cabal. Lo que, por otra parte, tiene más de lógica *á la Proudhon* que de lógica hegeliana, pues ofrece términos medios en vez de términos superadores. Verdaderamente, en este tipo de dialéctica, todo tipo de *Aufhebung* es más un compromiso que un salto inesperado, dando al presente estado de cosas una cualidad “superadora” que no tiene, haciendo de este, por tanto, una suerte de momento infranqueable. Si bien Herman Paul logra escapar a veces de esta trampa, la lectura dominante de su propuesta es probable que no tenga tanto éxito.

Sea como fuere, y sin ánimo de disminuir ni un ápice la originalidad que hay en *La llamada del pasado*, Herman Paul nos ofrece un Hayden White debidamente repensado y moderado. Es esta moderación la que permite su publicación por la Institución Fernando el Católico. Si bien en Estados Unidos o los Países Bajos Hayden White es considerado, a todos los efectos, un clásico, en España, por el contrario, su sola mención todavía provoca rechinar de dientes y exabruptos airados. Gestos y actitudes que, lejos de haberse quedado como patrimonio de las generaciones que consolidaron la profesión historiográfica hace tres décadas, han pasado como herencia a la más reciente camada de jóvenes historiadores. Por todo ello, debemos agradecer a la Institución Fernando el Católico que haya hecho el esfuerzo de publicar en el décimo número de su más que notable “Colección de Historia Global” una obra tan profundamente marcada por la huella del filósofo e historiador norteamericano.

El libro original, que a su vez es una reelaboración sobre una obra previa escrita en neerlandés, se llama *Key Issues in Historical Theory*. Fue publicado por la editorial Routledge en 2015. Tan sólo un año después, encontramos su traducción al castellano como *La llamada del pasado: claves de la teoría de la historia*. Una buena versión que recoge parte del decisivo título original en neerlandés que nunca debió perder en su versión inglesa, esa “llamada del pasado” que revela en qué momento de la teoría de la historia se sitúa, y nosotros con él, Herman Paul. A la edición del libro, sin embargo, le sobran algunas erratas (pp. 53, 136, 154 y 210) y expresiones inadecuadas (p. 121: “se carga las convenciones tipográficas”; 41: “papel que juega”), mientras le falta alguna que otra nota al pie de página aclaratoria. Efectivamente, a los familiarizados con la obra de White todas las referencias al historiador norteamericano no les pueden llevar a confusión, pero en páginas como la 136, donde Herman Paul se apoya tan fuertemente en el ensayo de White “The Politics of Historical Interpretation”, de 1982, y de conceptos como “de-sublimación” y “disciplina”, el lector al que va dirigida esta obra pueda encontrarse en un aprieto. Y no es el único momento en el que tal cosa sucede, porque Paul, como magnífico estudioso de White que es, a menudo da por sabidos conceptos que para el lector español pueden resultar terrenos desconocidos. Un aparato crítico más elaborado hubiese redondeado el buen esfuerzo realizado por la editorial y la traductora.

A este respecto, debe decirse que la introducción, a cargo del especialista Miquel À. Marín Gelabert, cumple su función, pero no logra suplir la falta de ese aparato crítico, debido, en gran parte, a algunos párrafos desconcertantes en los que el sentido de la introducción se desdibuja. Ciertamente, el doctor Marín Gelabert, en un olvido impropio de un excelente conocedor de las “matrices disciplinares”, atribuye a Paul la paternidad de un “giro copernicano” (p. 15) en el estudio de Hayden White que no es tal. Si bien Herman Paul ha contribuido de un modo decisivo al estudio de la obra de White, su esfuerzo, ese interés por el aspecto kantiano y humanista de las “prefiguraciones metahistóricas” de *Metahistory*, se incardina dentro de una historia de la recepción de White que se debe remontar, al menos, hasta el artículo de Hans Kellner, publicado en 1980 en *History and Theory* (“A Bedrock of Order: Hayden White’s Linguistic Humanism”). De hecho, la visión de *Metahistory* como un libro de inspiración kantiana y humanista, pues tal cosa es lo que hay detrás de lo que Paul llama, citando a White, “prefiguración metahistórica”, es una forma de lectura capturada por primera vez por David Carroll en 1976 en su reseña publicada en *Diacritics* (“On Tropology: The Forms of History”). Esta forma de leer *Metahistory*, a la que Frank Ankersmit también dio su particular apoyo, fue recorriendo una línea paralela a la lectura dominante hasta llegar a una suerte de consagración en Herman Paul, quien, como pudo verse en su propia tesis doctoral, ha tenido una relación –teórica e institucional– con Ankersmit y Kellner a la que un especialista en historia de la historiografía como Marín Gelabert quizá debería haber prestado algo más de atención.

Por otra parte, la introducción busca dibujarnos el contexto actual de la teoría de la historia y el lugar que ocupa Herman Paul dentro de este paisaje. Dejando al margen el poco elegante ataque que Marín Gelabert dirige contra un enemigo inexistente, conformado, a su juicio, por jóvenes cuyas principales virtudes residen en el “cripticismo” (p. 7), el eclecticismo indigesto y la arrogancia monolingüe (p. 8), podemos sugerir que la visión que de la teoría de la historia se nos da en esta introducción responde más a los deseos del autor que al campo de poder que la organiza. Efectivamente, el hecho de que se haya dado una “globalización del intercambio de ideas” (p. 9) no significa, en contra de lo que afirma Marín Gelabert, que la geografía del modo de producción de esas ideas se haya modificado. La incorporación por cooptación de diversos sectores de países antaño cerrados a esa estructura no conlleva el cambio de esta, sino tan sólo su reproducción ampliada. La teoría de la historia es producida por un circuito internacional dividido en centro y periferia. Que haya investigadores de la periferia acudiendo a congresos, formando parte de asociaciones internacionales, escribiendo en inglés sobre temas prefijados, objetivos dictados, con enfoques y categorías delimitados por los intereses del centro del circuito manifestados en revistas de capital estadounidense, inglés y neerlandés, no quiere decir que el conocimiento se haya “globalizado”, si por globalizado entendemos transformado. Marín Gelabert se muestra demasiado optimista sobre este nuevo proceso de “institucionalización subdisciplinar” (p. 10). Un optimismo que le sirve de espejo para criticar de un modo pesimista la (re)producción teórica en España. La cooptación subalterna no puede ser nunca una forma de relación adecuada para el intercambio de ideas. Pero eso no significa que pueda negarse tan categóricamente la existencia en España de esa subdisciplina llamada teoría de la historia, descalificándola como un

“subgénero publicístico” (p. 7) al que, en su opinión, se dedican ignorantes buscavidas de gatillo teórico fácil y lectura arduamente esotérica.

Si consideramos la subdisciplina de la teoría de la historia desde el punto de vista “global”, y no nos dejamos llevar por el brillo de este adjetivo y atendemos a la estructura de centro-periferia que organiza su producción, entonces podemos sugerir, sin ánimo de ofender ni querer entrar en polémicas terminológicas, que en España sí existe tal subdisciplina en tanto que se ha recibido lo que el centro ha producido y, como reacción, se ha tratado de participar de esa producción –pero en las condiciones y con el alcance que esa estructura desigual de producción impone–. Es obvio que no hay comparación posible entre el nivel de institucionalización de los Países Bajos y el de España. Pero de este hecho innegable no se puede deducir la inexistencia de esta subdisciplina en el Estado español. Marín Gelabert, queriendo afirmar la globalidad del conocimiento, parece quedar encerrado en la nacionalidad de su institucionalización. Efectivamente, las marcas nacionales de la institucionalización de la teoría de la historia apenas se dan en el Estado español: pocas revistas, menos congresos, ninguna cátedra. Pero rechazar esto como “subgénero publicístico” es el mismo gesto que realizaban aquellos historiadores que hablaban de países “semifeudales” porque predominaba en ellos un capitalismo agrario, o el de quienes hablan de un “Estado fallido” porque tal Estado no se parece a un Estado-nación europeo. Estos países de la periferia tienen el Estado, o el tipo de capitalismo, que le corresponde dentro del sistema mundial y que conviene a la acumulación global de ese sistema, aunque no se parezca al tipo de Estado que el *modelo* estatal del centro marca seguir.

Tanta virulencia en un especialista tan consumado no deja de afean la presentación al libro de Herman Paul. Un Herman Paul al que Marín Gelabert acerca en demasía a la tradición alemana, concretamente a una figura –por otra parte fundamental en el pensamiento histórico actual– tan querida por el introductor como es Jörn Rüsen. Pero la verdad es que Herman Paul no solo se ha venido ocupando de White de un modo brillante, sino que la propia obra teórica del investigador neerlandés está determinada por el aspecto humanista y existencialista del historiador norteamericano. Omitir este hecho y destacar, por el contrario, la “influencia germánica” (p. 14) en el pensamiento de Herman Paul puede llevar al lector a confusión. No se pone en duda que Rüsen haya tenido presencia en Paul, pero situar el foco sobre aquel no deja de ser una querencia del introductor que hace de *La llamada del pasado* un libro más aceptable para todos los que necesitaban una guía orientativa sobre el actual estado de cosas en la teoría de la historia, pero no estaban dispuestos a aceptar que Hayden White tuviese nada que decir sobre nuestra forma de relacionarnos con el pasado.

Porque es precisamente este el objeto de *La llamada del pasado*: el análisis conceptual de la forma en la que nos relacionamos con el pasado. La teoría de la historia, afirma Paul en el primer capítulo, se ocupa de esta tarea. Admitir que el pasado ejerce atracción, sombra, peso o transferencia supone dejar atrás el giro lingüístico. Para ello, es preciso definir qué es pasado y en qué se diferencia de la “realidad histórica”, asunto al que dedica el siguiente capítulo. Si hay algún tipo de huella del pasado en el presente eso implica que hay una relación. El giro lingüístico puso toda su atención en los elementos literarios que el presente empleaba para construir el pasado. Dando este

descubrimiento por sentido, pues Paul no lo rechaza, el profesor neerlandés afirma que es necesario capturar, separar y definir las “relaciones” entre pasado y presente. Apoyándose en Jörn Rüsen y Mark Day, Herman Paul distingue cinco “tipos ideales” weberianos de relaciones: material, estética, política, epistémica y moral. A grandes rasgos, estas relaciones implican control del presente sobre el pasado e influencia del pasado –y del contexto– sobre el presente. Desde el punto de vista del historiador, la cuestión reside en identificar esas relaciones, ordenarlas y jerarquizarlas, poniendo la relación epistémica, esto es, el deseo de conocer, como la primera de todas. Esto supone admitir que la intención de conocer sostiene una relación con el pasado entre muchas otras posibles.

Ciertamente, Herman Paul parte de la condición histórica de la profesión. Por ello se pregunta en el capítulo 11, dedicado a la relación moral con el pasado, cómo restituir el componente de educación moral que tenía la historia sin caer en las banalidades, la mala práctica o el relativismo. De acuerdo con su técnica habitual, Paul establece una dicotomía entre los historiadores que niegan todo componente moral en virtud del respeto a la alteridad del pasado, por un lado, y el “ciudadano” que se pregunta “con desesperación cuál podría ser el sentido de la investigación histórica si no consigue producir conocimientos que enriquezcan el discurso moral del tiempo presente” (p. 200), por el otro. Para responder esta pregunta, que es una reelaboración del mismo problema que planteó Hayden White en su “The Burden of History” (1966), *La llamada del pasado* propone dos vías de solución inextricablemente unidas.

Por un lado, el proyecto perseguido por White de convertir a la historiografía en una filosofía moral –o de devolverla a este campo, mejor dicho–, queda en este libro plasmado en la propuesta de Herman Paul de “conversación histórica” entre pasado y presente.³ Este proyecto es una apuesta de Paul por las sugerencias de autores ajenos a la profesión como Martha Nussbaum y Wayne C. Booth, quienes le permiten restituir el componente educativo moral de la historiografía sin menoscabar su alcance epistémico. Ciertamente, una buena conversación no debería apoyarse en falsedades ni en cerrazones. Una conversación que se precie de serlo presupone honestidad y conocimiento: la información en liza debe ser veraz y el diálogo abierto y libre; una operación en la que el sujeto aprenderá a respetar al Otro y a salir de su “zona de confort” (p. 218). Esta es la oferta de Herman Paul a los lectores que quieran leer un buen libro de historia: ellos tendrán que extraer este tipo de lecciones a partir del material ofrecido por los historiadores.

Por el otro lado, toda moral es objeto de un análisis ético, pues no es otra la función de la ética. En este caso, la respuesta que ofrece esta obra a los historiadores académicos es la siguiente: para consolidar adecuadamente el proyecto de educación moral anteriormente descrito es preciso no solo que haya una disciplina historiográfica, sino que esta contenga también una ética de la investigación, una gestión de las relaciones (materiales, políticas, estéticas, etc.) que implique reconocerlas y ordenarlas

³ White ha seguido manteniendo esta intención hasta el presente; véanse, por ejemplo, Hayden White, “The Public Relevance of Historical Studies: A Reply to Dirk Moses”, *History and Theory*, vol. 44, 3 (2005): 333-8, y *The Fiction of Narrative. Essays on History, Literature and Theory, 1957-2007* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2010), IX-XI.

siguiendo los dictados de una “virtud epistémica” (p. 240) llamada objetividad. Según Aristóteles, las virtudes se dividían en morales e intelectuales. Herman Paul acude al Estagirita para sostener su propuesta: la virtud es una cualidad que se adquiere mediante el hábito y la persecución del fin o propósito natural de esa virtud, en este caso el conocimiento. La objetividad no puede ser lo que era antes, sino tan solo una virtud o meta –como la exactitud, la coherencia o el respeto– que debemos aspirar a practicar para que nos centre la investigación. La cuestión no es si los historiadores son objetivos, sino si lo son mucho o poco. A más no se puede llegar, afirma Paul. Ni es necesario, concluye. La piedra angular de la profesión no ha desaparecido del horizonte de la teoría de la historia, pero su lugar ha cambiado radicalmente.

Es este proyecto de Herman Paul el que otorga a la estructura del libro una unidad y coherencia dignas de mención. *La llamada del pasado* consta de 11 capítulos. El capítulo 1 ofrece un retrato diacrónico de lo que significa hacer teoría de la historia hoy y qué le debe esta última a la llamada filosofía de la historia. Concluye Paul que la teoría de la historia es una tradición que prefiere ser llamada así para acabar con los equívocos títulos previos de filosofía “sustantiva” y “crítica” de la historia, que se ocupaban de la realidad y del pensamiento históricos respectivamente. Esta división, producto de las polémicas surgidas en las décadas centrales del siglo XX, se considera cancelada –de nuevo un par de opuestos dan lugar a un tercero– y superada en la teoría de la historia, pues esta se ocupa tanto del pasado en tanto objeto como de la forma en la que se escribe acerca de él. El pasado, por su parte, es definido en el capítulo siguiente en contraposición a la realidad histórica. Según Paul, hay diferentes tipos de pasado: cronológico, concluso, extraño y presente. Pero todos ellos llevan la marca de la construcción: el pasado se diferencia de la realidad histórica porque el primero se construye a partir de evidencias encontradas en el presente (recuerdos, reliquias, archivos, ideas, emociones) y la segunda se define por haber dejado de existir y ser, por ello, inalcanzable. Para Paul, el pasado no está presente cronológicamente, aunque sí puede estarlo en esencia (p. 63). La realidad histórica, por el contrario, es *ahora* inexistente. No puede ser inferida a partir de ningún material. El pasado puede ser conocido; la realidad histórica solo puede ser presupuesta. Dicho en los términos kantianos que Herman Paul está usando sin hacerlos explícitos: el pasado es un fenómeno; la realidad histórica es un noúmeno.

Si bien Hayden White ha dicho en más de una ocasión que no cree que haya ningún tipo de transferencia entre el pasado y el presente, esta afirmación no debe hacernos perder de vista la plena coherencia entre la filosofía del historiador norteamericano y la propuesta de Herman Paul.⁴ Si repasamos lo que White dijo en esta entrevista comparándolo con otras obras suyas, entenderemos que cuando hablaba de transferencia se refería a la realidad histórica y no al pasado, que sí está presente en forma de tradiciones, costumbres o leyes. Herman Paul a este respecto no se desvía de la propuesta de White. De hecho, la sigue hasta el punto de adoptar el mismo punto de vista kantiano. Y aquí emerge un problema que Herman Paul, a pesar de ser intencionalmente crítico con Kant a lo largo del libro, no puede evitar. Ni todas las

⁴ Véase Hayden White en Ewa Domanska, “Human Face of Scientific Mind. (An Interview with Hayden White)”, *Storia della Storiografia*, 24 (1993): 19.

referencias a W. Dilthey ni el recurso explícito en el capítulo 4 a H.-G. Gadamer pueden reprimir los efectos de la prefiguración kantiana que lleva a cabo el profesor neerlandés. Porque la libertad del sujeto que Herman Paul va a sostener como necesaria no es un producto contingente de una lucha, posibilitado y limitado por la propia marcha de la Historia, sino un postulado que rompe con esa Historia, separándola entre “pasado” construido y “realidad histórica” inexistente. Esto quiere decir que si bien las relaciones con el pasado nos influyen, al ser este una construcción, pueden ser igualmente modificadas. Y es aquí donde Kant sirve de inconfesado punto de apoyo a la propuesta “ética” de Herman Paul: nuestra “posición de sujeto” (p. 99) está indudablemente influenciada por esas relaciones con el pasado, pero, como afirma Jürgen Habermas –según cita Paul–, el sujeto puede reaccionar a esos contextos y aprender a hacer algo distinto de lo esperado. Como decía Jean-Paul Sartre, conocemos lo que la Historia ha hecho con nosotros; de lo que se trata ahora es de lo que vamos a hacer con ella. Una frase que, cuando no es leída a la luz de Marx y sí a la de Kant o Jaspers (por citar dos filósofos cercanos a White y, por extensión, a Paul), nos obliga a sustentar nuestros proyectos éticos y políticos en postulados que nos exigen pensar con los célebres condicionales kantianos, esto es, *como si* fuésemos libres. Lo que, como es sabido, es una expresión idealista de una posición social marcada por la relativa autonomía de la institución universitaria o, en otros casos, por la impotencia política dentro de un entorno atomizado y desarticulado.

Después de definir lo que entiende por pasado, el siguiente paso en la obra consiste en analizar las relaciones que mantenemos con este. Esta es la parte central del libro y nos lleva del capítulo 3 hasta el capítulo 11. En estas páginas, *La llamada del pasado* distingue varios tipos ideales de relaciones con el pasado, ya previamente mencionadas. La relación que más espacio ocupa es, lógicamente, la relación epistémica, a la que dedica tres capítulos. Los capítulos previos, dedicados respectivamente a las relaciones material, estética y política, son necesarios porque dan sentido a la propuesta de Paul tanto en materia de educación moral como de ética investigadora. Como ejemplo de la nueva tendencia dominante en teoría de la historia, el autor comienza con la relación material (capítulo 4), en la que nos muestra inevitablemente enraizados en el pasado, aunque no por ello podamos decir que es un capítulo enteramente satisfactorio. Ciertamente, el capítulo 4 no acaba bien de concretar en qué consiste la relación material. Para espantar el recurrente espectro del kantismo, el texto recurre a Dilthey y Gadamer –no a Marx, autor con el que le hubiese convenido conversar en este punto–, asegurando que somos seres históricos y que, precisamente porque lo somos, podemos interesarnos por el pasado.

El capítulo 5, dedicado a la relación estética, es el capítulo más visiblemente influenciado por Hayden White. Si cada relación con el pasado tiene un propósito determinado, el de la relación estética es el sentido o coherencia –que es una forma de decir belleza–. Es un capítulo que se ocupa de los patrones narrativos que empleamos para contar nuestras vidas y de las implicaciones ideológicas que estos conllevan. Tras presentar las posturas opuestas de David Carr y Hayden White/Louis O. Mink, Herman Paul recurre de nuevo a un término medio para afirmar que no hay realidad sin relatos, pero tampoco hay relatos que atrapen –y nosotros con ella– toda la realidad (p. 119). Ni vivimos primero y contamos después (Mink), ni vivimos una realidad con forma de

relato (Carr). El relato tiene una dimensión performativa, afirma Paul, y lo que debemos procurar es contar relatos que “hagan justicia a la complejidad de la vida” (p. 120). En realidad, como reconoce el propio Paul, esto es una idea que se encuentra en el proyecto profesional de Hayden White desde el principio de la carrera de este. Como no podemos vivir sin relatos, debemos procurar que estos sean “modernistas”, esto es, muchos, provisionales y abiertos, todo lo contrario de lo que la narrativa realista se supone que es. Desde antes incluso de “The Burden of History” (1966), cuando insistía en sus obras más evidentemente humanistas en respetar la variedad infinita de la vida –frente a lo que llamaba interpretaciones “monistas”–, hasta más allá de “The Modernist Event” (1996), White siempre ha tratado de garantizar la supervivencia de este motivo ideológico liberal.

Si todo arquetipo o trama narrativa contiene implicaciones ideológicas, esto significa que la relación política (capítulo 6) es una dimensión inescapable. La relación política se puede dividir entre compromiso (explícito) e implicación (implícita). Constantin Fasolt, Howard Zinn y Hayden White pasan por estas páginas para ayudar a Paul a capturar las implicaciones políticas de la historiografía y a definir el concepto de compromiso político abierto. Puesto que toda historia es, se quiera o no, política, la pregunta que se plantea el texto es la siguiente: ¿debemos reprimir este hecho, como hacen los positivistas, o debemos sacarlo a la luz y limitarnos a él, como hacen los relativistas? La respuesta a esta dicotomía consistirá en renovar una ética profesional (recuérdese el ya mencionado capítulo 11) partiendo del hecho indubitable de la condición política de la historiografía.

Pero antes de poder definir esa nueva ética y su vertiente “moral” en forma de conversación histórica, Paul debe aclarar hasta qué punto la innegable presencia de las relaciones material, estética y política ha trastocado la relación más importante de todas para un historiador: la relación epistémica. Dicho de otro modo, los capítulos 7, 8 y 9 presentan un estado de la cuestión de la epistemología necesario, certero y brillante. Para llevarlo a buen puerto, Paul elige tres cimientos sobre los que sustentar esta relación epistémica: hipótesis, explicaciones y verdad/verosimilitud. El texto parte de dos preguntas: ¿cómo consiguen los historiadores conocimiento? ¿Hasta dónde se puede decir que son ciertas las interpretaciones históricas? Paul ofrece una serie de respuestas que son al mismo tiempo una recensión de las principales corrientes teóricas que han ido respondiendo estas mismas preguntas. Para el profesor neerlandés, toda interpretación parte una hipótesis o pregunta y sigue con una serie de inferencias que, a la luz de esa pregunta, añade algo nuevo a las fuentes. Así se consigue un conocimiento provisional, sujeto a falsación según Karl Popper, que se corresponde con su propuesta modernista. El conocimiento, nos dice el autor, es una construcción que ilumina aspectos de la realidad, pero que no la cubre, como rezaba el viejo sueño cientificista o realista.

De esas inferencias a partir de las fuentes se colige la construcción de un pasado que, se espera, en palabras de Paul, pueda decir algo sobre la realidad histórica. Es decir, debemos actuar *como si* hubiésemos iluminado esa realidad. Más allá no se puede llegar. Considerar estas hipótesis como explicaciones es abusivo y confuso, entre otras cosas porque la teoría de la historia no se ha puesto de acuerdo sobre qué significa el

concepto de explicación. Sin embargo, la necesidad de una explicación forma parte de la relación epistémica con el pasado. Paul nos presenta dos modelos enfrentados, el de cobertura legal y el intencional, que lanzaban las siguientes preguntas: ¿por qué ocurrió así necesariamente? ¿Cómo fue posible que ocurriese así y no de otra manera? Al otro lado de esta dicotomía, el texto nos presenta una solución: el modelo comparativo, que tiene la virtud de alimentar la fuerza de su argumento en la comparación de interpretaciones dentro de una comunidad –los historiadores– establecida. Si bien Paul sostiene que los tres modelos se encuentran mezclados en cada texto, no puede dejar de mostrar su preferencia por el tercero. Y es esta preferencia la que va a determinar el contenido del siguiente capítulo.

Efectivamente, a lo que aspira el modelo comparativo es a una verosimilitud relativa de las explicaciones. Paul nos presenta, de nuevo, dos teorías de la verdad opuestas: la verdad por correspondencia y la verdad por coherencia interna. Una tercera forma de verdad, aunque Herman Paul no la llame así, emerge como solución en el texto: la verdad por consenso, a la que el texto da el nombre de “verosimilitud relativa”. El ocaso de la modernidad y la posmodernidad como condición histórica necesariamente tenía que traer este cambio de una verdad en sentido clásico a una verdad fuertemente determinada por el pragmatismo norteamericano. En el mundo “posfundacional” (p. 189) en el que nos movemos, afirma el texto, no hay necesidad de permitir que la ansiedad cartesiana o la nostalgia por lo absoluto se dispare. La verosimilitud relativa nos permite operar estableciendo los criterios que pueden decidir la validez de una interpretación. La exactitud, la coherencia, la amplitud y la originalidad son criterios compartidos que tienen sentido dentro de los parámetros impuestos por el desplazamiento de la verdad a la verosimilitud relativa.

Esta tercera forma de verdad tiene además la virtud de favorecer la concepción de la historiografía como una relación epistémica basada en frutos provisionales, sometidos a la crítica de una comunidad interpretativa que fija, acepta y defiende unos criterios de verosimilitud compartidos. Pero para que tal cosa pueda darse es preciso proponer una ética de la profesión que, como se ha dicho, tiene que renovarse y aceptar que la relación epistémica con el pasado solo es la primera de las relaciones entre iguales. Si bien esta conclusión puede parecer insuficiente a los historiadores más científicos, lo que Herman Paul está ofreciendo aquí es, ni más ni menos, la justificación de la existencia de la profesión historiográfica como tal. Lejos de aceptar la idea de que cada comunidad social sea su propia historiadora, Paul afirma la necesidad de la comunidad profesionalizada de historiadores. Y lo hace como lo ha venido haciendo la mejor teoría de la historia desde la década de 1990 –G. Noiriél y su *Sobre la crisis de la historia* es un hito insoslayable–, usando el pragmatismo norteamericano para anclar el criterio que permite validar la verdad de una interpretación histórica en una comunidad profesional. Si una interpretación es verosímil dependerá de otras interpretaciones y de lo que diga la crítica de esa comunidad. Mayor canto a la necesidad de una comunidad institucionalizada no puede encontrarse.

Afirmada así la comunidad interpretativa, el texto puede pasar a tratar la relación moral (capítulo 10) proponiendo “restituir” (p. 201) la enseñanza moral como parte de la lectura de la historia. Cumple así con la exigencia de Hayden White y, al desgranar

un programa de ética profesional que gestione esa “restitución”, también satisface la necesidad de la disciplina de adaptarse a la condición posmoderna sin por ello perderse en bagatelas, panfletos o moralismos. La división del trabajo que propone Paul, entre una lectura por parte del público que saque lecciones morales y la escritura de una historia profesional basada en virtudes epistémicas, sella una clausura coherente a *La llamada del pasado*.

Por otra parte, este proyecto de restitución de la enseñanza moral revela los límites de la ideología del texto y, por medio de ellos, los de la propia teoría de la historia actual. Ciertamente, la “conversación histórica” que propone Paul, apoyándose en los bienes que ofrece, como la tolerancia, el respeto al Otro, el diálogo y la información verosímil o veraz, dejan entrever dos hechos relacionados entre sí. El primero nos lleva a la nostalgia humanista que puede rastrearse en esta propuesta. La enseñanza moral de la historia y la educación de la “imaginación”, la “sensibilidad” y la “honestidad” (p. 242) nos hablan de una edad de oro de las humanidades que dejó de existir –si es que alguna vez existió como tal– mucho tiempo atrás. Esa misma nostalgia, que ocupa un lugar central en el proyecto de Hayden White, nos habla de una profesión, la historia, que parece haber perdido su lugar en la condición posmoderna. La misión de la propuesta de Paul no es otra que recuperar la antigua función de las humanidades, no acabar definitivamente con ella. La frontera entre la academia y la sociedad debe mantenerse, sugiere *La llamada del pasado*.

Efectivamente, Herman Paul divide el trabajo de un modo más tradicional del que se pueda suponer. El historiador presenta el material de acuerdo con una ética investigadora declarada; el lector, confiando en la profesionalidad del primero, extrae las lecciones morales oportunas. La “conversación histórica”, ese nuevo proyecto de educación moral, es posible porque ambas partes, sin confundir sus posiciones, hacen su trabajo. A más, parece señalar Paul, no está llamado el historiador ni, por otra parte, debería sentirse llamado. O si lo hace, debe resistir ascéticamente la fuerza de esa llamada (p. 231). Sin embargo, esto no es una propuesta de lo que debería ser el trabajo del historiador, sino una descripción de lo que en realidad es. La función social del espacio de la academia y los límites que impone la comunidad interpretativa de historiadores no permiten otra cosa. Salirse de esta norma implicaría no solo ponerse al margen de las leyes no escritas de la comunidad, perdiendo así todo poder simbólico y, por tanto, intelectual, sino también desempeñar el peligroso y nocivo papel de rey-filósofo platónico. Así las cosas, Herman Paul no está elaborando un desiderátum, sino expresando el síntoma político más desgarrador de un intelectual afincado en la academia. El poder del intelectual depende, precisamente, de su ausencia de poder, de su restricción domiciliaria en el ámbito académico.

A pesar de ello, *La llamada del pasado* no contempla este síntoma como una limitación, sino como una posibilidad. No tendría sentido verlo así de no ser por la intención del texto: reforzar la comunidad profesional de la teoría de la historia y de la propia historiografía en el horizonte moral de las humanidades. ¿Qué puede dar más fuerza a una comunidad que el poder de determinar la verosimilitud de una afirmación? La verdad por consenso no tiene otro problema que el siguiente: su validez depende de una ética que, a menudo, oculta las relaciones de poder más descarnadas. No obstante,

no está en manos de Herman Paul evitar esto. Su propuesta es lógica y coherente. Porque una verdad que vaya más allá de la comunidad profesional, único sujeto social que parece estar dotado de la cohesión suficiente como para determinar lo que es verosímil y lo que no, no puede ser posible históricamente en este momento. El tipo de verdad que incluye no solo lo que es, sino lo que no es o lo que debe ser (Platón, Hegel), no parece disponible mientras se mantengan separadas las esferas entre academia y resto de la sociedad. Porque todo deber ser enunciado por un historiador tendrá el marchamo de su posición de privilegio, de su condición de rey-filósofo.

El segundo hecho nos lleva a las virtudes de ese proyecto de “conversación histórica”. Las propuestas de virtudes como la tolerancia, el diálogo y el respeto al Otro revelan unos problemas sobre los cuales la teoría de la historia se ha venido ocupando desde la década de 1990. La “era de los extremos” ha dejado una resaca cuya nota escrita en el espejo del lavabo reza: “cuidado con las ideologías y las revoluciones”. Esto no quiere decir otra cosa que el proyecto de Paul, y el de la propia teoría de la historia actual, es la elaboración simbólica de una prohibición política que el centro del campo de producción teórica ha elevado al rango de pensamiento histórico. La celebración de esas virtudes acaba siempre redundando en una apología encubierta de la democracia representativa. Dicho de otro modo, si bien los problemas y conceptos que la teoría de la historia define y emplea pudieran resultar adecuados para resolver simbólicamente las contradicciones sociales que agitan el centro del campo de producción de esta subdisciplina, en sociedades fracturadas por problemas que difieren en el fondo y la forma de los que sufre la periferia estos conceptos y enfoques importados resultan ajenos y, cuando menos, abiertamente conservadores. Si en los Países Bajos puede parecer necesario llamar a la tolerancia y al diálogo entre las distintas comunidades grupales que conviven y votan de un modo fragmentado, en estados como Argentina o España tal llamamiento solo puede desembocar en una prohibición política expresa que resulta todavía más conservadora e inestable que en el centro del campo de producción.

En cualquier caso, *La llamada del pasado* es un magnífico libro que cumple con lo que se propone. Es una excelente y necesaria introducción a la teoría de la historia, a lo que se escribe hoy y a lo que se ha escrito en las últimas décadas. Si el lector quiere saber qué es eso de la teoría de la historia y qué ha sido, hará bien en comprar el libro, leerlo, disfrutarlo y subrayarlo. Si el lector es un historiador científicista orgulloso de serlo, deberá abrir el libro y dejarse interpelar por la propuesta de Paul. Si el lector es un historiador desorientado, *La llamada del pasado* es la obra que necesita. Ante esta evidencia, solo queda admirar esta obra, felicitar al autor, recomendar el libro a todo lector o lectora y preguntar si, realmente, podremos hacer algo distinto con la Historia de lo que ella ha hecho con nosotros hasta el momento. Pero a esta pregunta *La llamada del pasado* no puede, ni debe, dar ningún tipo de respuesta.

Miguel Ángel Sanz Loroño
Doctor en Historia Contemporánea
sanzlor@unizar.es

Fecha de recepción: 10 de junio de 2017.

Fecha de aceptación: 19 de junio de 2017.

Publicación: 30 de junio de 2017.

Para citar este artículo: Miguel Ángel Sanz Loroño, “Herman Paul, *La llamada del pasado: claves de la teoría de la historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2016, 242 pp.”, *Historiografías*, 13 (enero-junio, 2017): pp. 128-140.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/13/sanz.pdf>